

NUESTRA HERENCIA INDÍGENA MATERNA

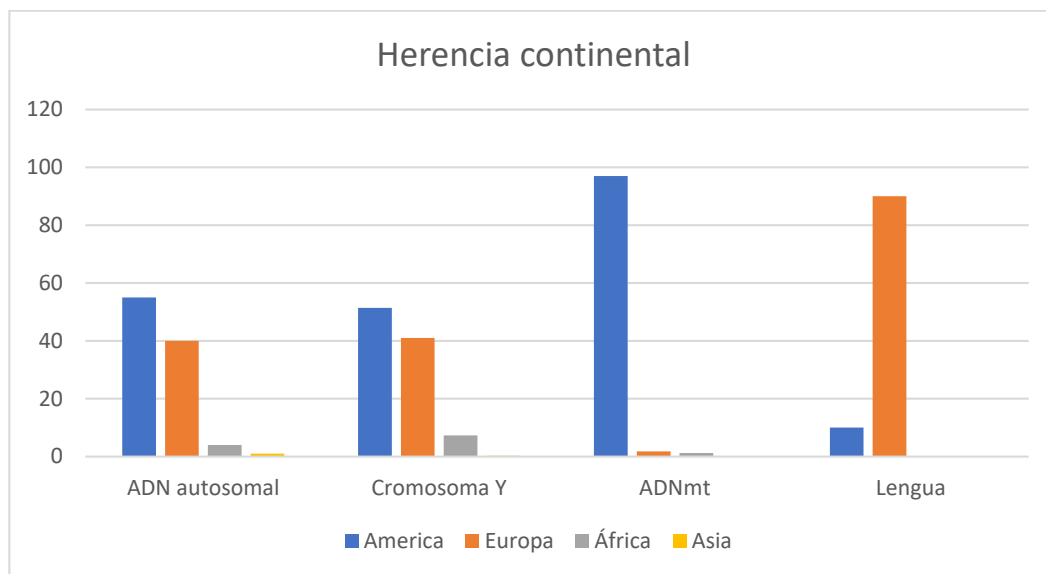


En un estudio realizado con más de 3000 muestras de mexicanos pertenecientes a las 4 grandes regiones del país (N, C, S, SE), hablantes de lenguas indígenas y pobladores de las zonas urbanas presentan una herencia del linaje exclusivamente materno (ADN mitocondrial, ADNmt) predominantemente indígena, a diferencia de la herencia paterna del cromosoma Y o del ADN autosómico. Los haplogrupos del ADNmt nativo –denominados A, B, C, D– se presentan en promedio en un 97 % en la muestra de estudio: (49,8 % A, 24,3 % B, 15,4 % C, 7,4 % D), en tanto que los haplogrupos europeos 1,8 % y africanos 1,2 %. En los grupos urbanos este ADN representa el 95,1 % mientras entre hablantes de lenguas indígenas, el 99,7 %. Este hecho refleja una historia compleja donde la diversidad masculina prehispánica disminuyó, pues está presente entre 55 % en el ADN autosomal y 51 % en el CY: en el caso de las muestras urbanas el haplogrupo nativoamericano del CY (Q) muestra en promedio una frecuencia de 33,3 % en grupos urbanos, y 83,5 % en grupos hablantes de lenguas indígenas. Nuestra historia demográfica, entonces, implicó una serie de factores

donde la conquista fue determinante en la lengua, la religión y el mestizaje, pero no en cuanto a nuestra herencia indígena materna mitocondrial. La variabilidad de los distintos grupos en México ha sido el producto de la relación entre hombres conquistadores y mujeres y hombres conquistados –vía la idiosincrasia y poder del patriarcado a través de los siglos– donde los hombres dominados o murieron, o tuvieron menos oportunidad de reproducirse. En general, la inserción de las mujeres indígenas y la consecuente descendencia tuvo que ver con la escasa cantidad de mujeres españolas y criollas; de ahí la magnitud de la herencia de fundadoras indígenas en México. Las funciones territoriales del espacio regional como apropiación de los colonizadores de la Nueva España y posteriores inmigrantes, se delimitaron a manera de espacios sociales en los que convivieron conquistadores y conquistados, cuyo carácter identitario se dio a partir de una lógica organizativa distinta en cada región; en su campo simbólico, cada grupo fue encontrando sus valores y experimentando sentimientos de adhesión o enemistad con respecto a otros. Así, ante la necesidad, presión, resistencia y/o conveniencia de matrimonios de distintos orígenes, las políticas generadas afectan aún hoy la relación entre los distintos actores sociales del país, relación que se refleja en la forma en que se distribuyen las variantes genéticas que dan lugar a las distancias genéticas entre estados, áreas urbanas, y entre éstas y zonas donde habitan los hablantes de lenguas indígenas. No sólo se presenta una subdivisión a nivel de las grandes regiones –dinámica que obedece a la distribución que hubo desde tiempos prehispánicos– sino entre las propias poblaciones de cada región, sean urbanas o indígenas, desde la conquista española. Respecto al linaje materno, en tiempos más antiguos, las distancias genéticas ($Phis$ y Fst) apuntan a una mayor distancia al interior de las poblaciones del norte, así como al interior de las del sureste y mayor cantidad de movimientos poblacionales entre las poblaciones del sur. El flujo de los linajes maternos presenta una asimilación indígena de áreas cercanas o distantes con diferencias entre las regiones: en el enorme territorio nortero hubo baja densidad poblacional prehispánica con grandes desplazamientos a raíz de la conquista y una gran cantidad de migrantes que fue llegando en los distintos periodos, así como un menor flujo genético entre los que no hablan lenguas indígenas locales y los indígenas de la región.

En tanto que en las regiones centrales sureñas a la vez que hubo mayor población originaria llegó aún más gente y el flujo genético dio lugar a mayor diversidad. En el sureste fue determinante la gran densidad poblacional desde tiempos prehispánicos en un territorio menos extenso y más aislado que el resto del país, por lo que la población, aunque recibió gente de fuera (y muy diversa), experimentó un menor flujo genético entre los grupos que formaron estratos sociales contrapuestos en los

espacios urbanos, acentuándose la división con respecto a la población nativa. El espacio geográfico, así, fue marco de símbolos, luchas, sentimientos, historias nacionales, locales, individuales y culturales, donde a través de su herencia biológica se refleja el pasado y el presente. Las guerras impactaron las estructuras poblacionales regionales de manera distinta. Estuvieron implicadas las distancias geográficas, el interés por la explotación de sus recursos, las restricciones socioculturales e intereses económicos tanto en tiempos prehispánicos como durante el virreinato. Los datos genéticos del ADNmt apuntan a mayores distancias regionales en el pasado, lo determinante que han sido los recursos territoriales según cada época, una fuerte determinación social y cultural respecto a la formación de familias y repartición de riqueza, y un comportamiento diferenciado en cuanto al trato interpoblacional en función del género a nivel regional. Así, en una paradójica tensión que ha vivido la estratificación socio-racial, en México quedó plasmado el linaje materno originario.



Extracto de: México, entre ajeteos y enredos genéticos 2017.

Blanca Zoila González Sobrino

Diseño y formación: Nohemí Sánchez Sandoval

Coordinación editorial: Ada L. Torres Maldonado